

Alta
Su su y el camino
de Santiago
(Pelegrinaje)

JOSE MARIA DONOSTY

CRONISTA Oficial de su ciudad natal, nació en San Sebastián, el 6 de noviembre de 1887, esto es, hace 81 años. Sus primeros ensayos literarios datan de 1905, en cuya época formó parte del cenáculo literario donostiarra de los Salaverría, los Moulane-Michelena, los Urcola, los Munoa... Durante su vida en Madrid, en cuya prensa colaboró, logró en la Revista "Blanco y Negro" tres o cuatro premios literarios. Fue director de "Alrededor del Mundo". Posteriormente ha obtenido sendos primeros premios en concursos literarios tales como los suscitados por el Ayuntamiento de San Sebastián y su Centro de Atracción y Turismo sobre la reina doña María Cristina y sobre el Gran Casino respectivamente. El Ministerio de Información y Turismo le otorgó recientemente el primer premio por sus "25 años de paz", así como la Dirección General de la Lotería Nacional por su artículo referente a la celebración de su sorteo extraordinario en San Sebastián. Sus temas preferidos han sido y son la religión y la filosofía, la crítica artística y literaria, los viajes; pero sobre todo los temas vascos en general y los guipuzcoanos y donostiarra en particular, acerca de los cuales ha escrito y publicado tantos artículos, que según cómputo de uno de sus críticos, publicados en forma de libro harían falta una veintena de volúmenes para contenerlos. Su Guía de "San Sebastián y Guipúzcoa", traducida al francés y al inglés por su propio autor, pasa por ser la mejor de las publicaciones en su género. Están a punto de publicarse por el M. I. T. dos volúmenes: "Marinos guipuzcoanos" y "Vascongados ilustres de los siglos XIX y XX". Otros libros en trance de publicación responden a los siguientes títulos: "Arte y artistas", la mayor parte de ellos guipuzcoanos y vascos; "Navarra y la Rioja", "Castilla la Vieja", "Extremadura", "Temas ideológicos", amén de la serie de seis volúmenes de ensayos sobre temas, pueblos y paisajes de Guipúzcoa y de San Sebastián.



temas pueblos y paisajes de guipúzcoa

Editorial de Ediciones y Publicaciones, S. A.

Víctor Hugo y Pasajes

El Instituto Francés de San Sebastián ha conmemorado el ciento cincuenta aniversario del natalicio de Víctor Hugo con la celebración, en la Casa de Francia, de diversos actos de índole cultural y artística consagrados a la memoria del gran poeta. Varias conferencias muy notables, una interesantísima Exposición, y un film muy logrado a base de auténticas estampas de la época, han hecho revivir ante nuestros ojos y en nuestro espíritu la vida, la obra, el ambiente y las vicisitudes del poeta más representativo del siglo XIX francés.

Poco menos que tópico o lugar común es hablar de la influencia que en Víctor Hugo ejerció España. No es que fueran grandes ni numerosos sus contactos directos con nuestro país; pero lo evidente es que, bien fuera por la tierna edad en que vino a nuestra patria por primera vez, bien fuera porque el temperamento de Víctor Hugo fuera en cierto modo o hasta cierto punto afín al

nuestro, lo cierto es que el gran poeta sentía a España, (a su manera, bien entendido), la amaba y la admiraba. Hablemos de algo más concreto y que más de cerca nos atañe.

A los treinta años de aquel primero y juvenil contacto, y a los cuarenta de su edad, el poeta realiza su viaje de 1843, viaje que, por lo que toca a España, podríamos llamarlo «el viaje a Pasajes» por antonomasia. Por cierto que, en la Exposición a que nos referíamos hace un instante, pudimos ver, no sin asombro, el Album consagrado a la memoria del insigne escritor e inmortal poeta francés por la villa de Pasajes, «donde residió» (sic, con grandes letras impresas), «durante los años de su forzado destierro». Ni fueron años los que Víctor Hugo residió en Pasajes, sino contados días, ni el corto tiempo de su residencia fue en manera alguna de forzado destierro. Antes por el contrario, el viaje de 1843 fue de puro y voluntario asueto, distracción y esparcimiento. Pasajes no fue un Guernesey. Digamos, en fin, la palabra que cuadra perfectamente al caso: fue un viaje de turismo.

Vemos, pues, en Víctor Hugo, al más ilustre de los precursores del turismo francés en nuestro país (lo cual ya es de por sí un título a nuestra consideración), cuya altísima calidad de poeta, por una parte, y su gran popularidad y prestigio por otra, tenían necesariamente que provocar reacciones de gran valor artístico y propagandístico respectivamente.

Durante muchos años, sin embargo, apenas cayó nadie en la cuenta, por estas latitudes, de lo que aquel viajero y aquel viaje representaban en el mero aspecto turístico de nuestra región. Fue menester que aquel auténtico y forzado desterrado francés que fue Paul Deroulède, que escogió voluntariamente San Sebastián por lugar de su destierro, descubriera el rastro de Víctor Hugo en Pasajes y lo pusiera en evidencia.

Este descubrimiento tuvo lugar aproximadamente el año 1902. Leyendo «Alpes y Pirineos», Deroulède se puso a buscar en el propio Pasajes las huellas del pasaje y residencia en él, sesenta años antes, de su ilustre compatriota. El éxito coronó su investigación. Encontró la casa que habitó el poeta; identificó algunos de los lugares de la topografía local que describiera aquél, o a los que aludiera en sus escritos: «Víctor Hugoren iturria», por ejemplo, (donde, por cierto, se colocó más tarde y a sus expensas, un artístico medallón). Convirtiéndose en Museo la habitación que ocupara Víctor Hugo; celebráronse fiestas en su honor; acumuláronse en aquella estancia recuerdos del poeta y homenajes al mismo dedicados; acudieron de Francia comisiones y representaciones oficiales, visitantes ilustres; hasta se dio con el oscuro paradero de aquella muchacha, joven y bella, que tanto elogió el poeta a quien sirvió (como hija de la casa que era), durante su estancia y permanencia en Pasajes: Pepa, que anciana ya en 1902, ocupó el lugar más honorable en la mesa del ágape oficial.

Después, cuando faltó aquel gran animador que era Deroulède, fue decayendo el inicial entusiasmo y la original iniciativa, hasta el punto de que hoy, prácticamente, el gran turismo, el turismo popular, desconoce lugar y casa otrora tan visitados por los turistas franceses, tan sensibles a sus glorias nacionales, una de las cuales es Víctor Hugo, cuyo elogio de Pasajes dió tanto prestigio a la villa y a sus alrededores.

Recuerdo a este propósito, un artículo publicado justamente por aquel entonces en un periódico donostiarra por Ramiro Maeztu, acerca de la influencia del arte en la industria turística. El arte —venía a decir— ha sido siempre compañero del turista, su mentor y su guía, siendo los lugares más favorecidos precisamente

aquellos que fueron descubiertos por el genio o la sensibilidad del artista o del poeta.

Justamente el caso de Pasajes, descubierto y loado por Víctor Hugo. Desgraciadamente, no hemos sabido ni sabemos explotar la espléndida, espontánea y desinteresada propaganda que de sus bellezas hizo tan ilustre viajero. No obstante el tiempo transcurrido –dijo en cierta ocasión Alfredo de Laffitte– la lectura de las páginas que Víctor Hugo consagró a Pasajes, constituye la guía más amena y pintoresca que pueda hallarse de aquel lugar.

¡Pero qué hablamos de propaganda, cuando hasta las mismas cosas turísticas en sí, como las famosas batele-
ras de Pasajes, han desaparecido! Aquellas bateleras que un rey de España, nada menos, pretendió llevar (aunque sin lograrlo), al Estanque del Buen Retiro de Madrid; que Bretón de los Herreros trasplantó a la escena; que Víctor Hugo, en fin, pintó de mano maestra en su viaje de 1843... Bateleras que hemos llegado a conocer nosotros mismos, y que ya no existen...

1962

Rentería

Me satisface mucho haber coincidido con «Basarri» en la apreciación y elogio de Rentería. Es una villa –ha dicho– que, a pasos agigantados, va en pos de su felicidad y grandeza; una villa que va adquiriendo envidiable prestigio en todos los sentidos.

Así es, en efecto.

Las fiestas de la Magdalena que anualmente celebra, congregan allí a muchos de sus amigos. Porque los pueblos, como las personas individualmente consideradas, tienen también sus amigos, y es natural y lógico que éstos acudan a participar, en días señalados del año, de la alegría general.

También entre esos amigos están, y deben naturalmente estar, muy preferentemente, los intelectuales; y en este aspecto, Rentería ofrece a éstos el aliciente de que uno de sus hijos más famosos y más apasionados de su pue-

blo natal, fuera un intelectual precisamente: Gamón, nombre ya célebre de antaño en los anales de la literatura.

También es natural y lógico que los intelectuales se ocupen y preocupen, no obstante y aun en medio del ruido de los cohetes y de las charangas, de aquellos aspectos del pueblo que fundamentalmente constituyen su grandeza y su prosperidad. ¡Con qué satisfacción hemos visto que el Oarso, ese pequeño río que tantos y tan grandes disgustos ha causado a Rentería con sus crecidas, desbordamientos e inundaciones, ha sido al fin ampliamente canalizado y ensanchado su cauce! Al mismo tiempo, sus márgenes — su margen izquierda sobre todo — han sido urbanizadas y embellecidas desde el punto de vista urbanístico, resultando de ello una carretera — la general de Madrid a Francia, la primera y más importante de las rutas internacionales de España — amplia, bien alineada y pavimentada, y las dos plazas contiguas a dicha vía, la Alameda propiamente dicha y la Alameda de Gamón, muy bien concebidas y cuidadas, con sus árboles, sus flores, su fuente, su quiosco de música, su alumbrado...

¡Cuántos recuerdos se agolpan a la mente, a la vista de estas reformas y de este modernismo, de quienes hemos conocido la villa del Oarso de fines del siglo XIX! Y eso que para entonces se había restablecido ya en gran parte de su decadencia, causada, sobre todo, por las guerras de frontera que tanto y tantas veces la quebrantaron, por la paulatina y total pérdida de su tradición industrial, representada, principalmente, por sus Astilleros, y por la merma, también paulatina y total, de su antigua población consagrada a la marinería.

Todo esto lo recordaba yo, no sólo contemplando el nuevo y flamante aspecto urbano de la villa, sino computando su censo de población, que en pocos años ha llegado a los treinta mil habitantes que hacen de Ren-

tería el cuarto de los pueblos de Guipúzcoa por su población.

Recordaba los tiempos aun no tan lejanos en que la Fábrica de Galletas Olibet, la Papelera Española, la Real Compañía Asturiana de Minas, la Fabril Lanera y la Fábrica de Tejidos de Lino, constituían, con alguna más, la totalidad de la industria de Rentería. En este último medio siglo, Rentería ha andado esos «pasos agigantados» de que habla «Basarri»; y para comprobarlo, si bien basta echar una ojeada al pueblo, su flamante Exposición industrial brinda en síntesis y en el reducido espacio que le han facilitado las Escuelas Viteri, el notable desarrollo industrial alcanzado por esta villa. Y hay algo que, en medio de esta proliferación moderna, nos satisface mucho: y es que ninguna de las grandes y antiguas industrias que acabamos de citar nominalmente, ha fracasado o desaparecido. No ha habido progreso de unos en detrimento de otros. Frente a las antiguas industrias, un centenar o más de pequeños y grandes establecimientos industriales han nacido, se han desarrollado y se han impuesto en el mercado, cambiando la faz de la antigua villa e imprimiéndole el aspecto jocundo y próspero que tiene.

Reflejo de esta prosperidad son, como dice muy bien «Basarri», las fiestas: las fiestas de los pueblos son como barómetros que marcan la temperatura material de los mismos: el más o menos elevado presupuesto de estas fiestas y la jocundidad con se celebran, constituyen señal evidente del bienestar y prosperidad de sus vecinos en particular y del pueblo en general. De esta elevada tónica son ejemplo, estos últimos años, aquellos pueblos justamente en los que el industrialismo se ha iniciado o desarrollado pujante, como Eibar, Villafranca, Beasain, Mondragón, Hernani, Pasajes, Andoain, Elgoibar, Zumárraga y Villarreal, Legazpia... por no citar sino unos cuan-

tos de los pueblos guipuzcoanos en los que lo industrial ha venido, si no a destruir (eso no sería ni posible, ni deseable, ni conveniente), sí a incrementar considerablemente la economía guipuzcoana rural, agrícola y pecuaria tradicional de Guipúzcoa.

Pero antes de abandonar Rentería, digamos dos palabras del Primer Salón de Artistas renterianos que celebra este año con motivo de sus fiestas. Ni que decir tiene que esa palabra genérica de «artistas» debe entenderse por «pintores». Más de quince pintores de ambos sexos han concurrido a la Exposición con medio centenar de cuadros, al pie de los cuales hay firmas tan conocidas del ámbito guipuzcoano como las de Valverde o Cobreros-Uranga. Lo cual quiere decir que en Rentería, a la par de una burguesía, de tipo industrial y como consecuencia de ella, va desarrollándose también y en su mismo seno probablemente, una generación de artistas de todo género, pues no podemos olvidar que, frente a los artistas plásticos de la Exposición que comentamos, habría que alinear también a otros artistas, los líricos, por ejemplo, que con sus coros y sus valores individuales, honor de nuestro Conservatorio, hacen de Rentería una de las entidades urbanas más completas y nobles del ámbito guipuzcoano.

¡Qué contento se pondría Gamón a la vista de todo esto! ¡Qué pequeños le parecerían los antiguos pleitos con San Sebastián que tanto empobrecieron la hacienda de la villa y tanto envenenaron las relaciones entre ambos pueblos! ¡Y cómo le asombraría que fuera un donostiarra precisamente quien entonara el «Elogio de Rentería»!

Agosto 1954

LA REGION DONOSTIARRA

San Sebastián en el Camino de Santiago

Sabido es que el llamado Camino de Santiago por antonomasia no pasaba ni por San Sebastián ni por Guipúzcoa. ¿Quiere esto decir que nuestra Villa – que aún no era ciudad – así como nuestra provincia, se hallaban completamente al margen de la corriente humana de las rutas jacobeanas? No. Si el llamado Camino Real Francés era – como en realidad lo fue – un largo, caudaloso y hasta tumultuoso río de peregrinos, no menos cierto es que este río tenía sus afluentes, que tarde o temprano acababan sumiéndose en él, engrosando su caudal humano antes de que éste desembocara en la ciudad llamada del Apostol. Y se comprende que esto fuera así. ¿Por qué iban a tomar en su origen y seguir en toda su extensión aquella ruta quienes, por conveniencia, proximidad, curiosidad o capricho, preferían otros caminos? ¿Acaso hoy mismo no sucede algo por el estilo con las grandes rutas del turismo nacional, que no excluyen las

pequeñas rutas del turismo regional, provincial y hasta local?

Hace tiempo ya que el famoso Camino de Santiago, así como algunos de los otros pequeños caminos regionales que a él aflúan, dejaron de ser frecuentados por peregrinos jacobeos. Unos han desaparecido o se han convertido en meras sendas, otros yacen ignorados o desconocidos; pero a lo largo de unos y otros han quedado como hitos, rastros y testimonios de aquel piadoso tráfico medieval, construcciones más o menos perdurables y tradiciones y recuerdos más o menos vivaces o desvanecidos.

El nombre de Santiago, las imágenes que le representan, las iglesias, ermitas, monasterios, hostales y hospitales, los restos de bordones, veneras y calabazas característicos de los romeros, las canciones, leyendas y tradiciones alusivas a aquel famoso viaje, y hasta la misma palabra de «peregrino» adscrita a tal o cual vivienda o caserío, son indicios, cuando no testimonios fehacientes, de que por allí hubo en pasados tiempos un camino por el que transitaron reiterada y acostumbradamente romeros santiaguistas.

* * *

Tenemos, en efecto, diversos testimonios, entre históricos, tradicionales, anecdóticos y literarios, de peregrinos extranjeros que atraviesan el país vasco camino de Compostela. Uno de ellos, y de los más antiguos, es el de aquel romero normando del siglo XII, Aymeric Picaud, cuyas contradictorias y no siempre halagüeñas impresiones respecto a nuestra región euskaldun ha recogido el «Codex Compostelanum», la primera guía de viajes que produjo la Edad Media. Dicho código contiene, por cierto, uno de los primeros vocabularios conocidos de la len-

gua vasca -si no el primero-, que consta de una serie de palabras de dicha lengua, con sus respectivos significados. Algo por el estilo es el repertorio de voces y de frases euskéricas que se rastrean en el «Diario» de viaje del caballero germánico Arnold von Harff, otro peregrino de Santiago que recorre las calzadas de nuestro país a fines del siglo XV.

De los alrededores más inmediatos a San Sebastián, uno de los que más han llamado la atención de los historiadores y eruditos en el tema de las rutas jacobeanas, es el de Astigarraga. Indicio de tránsito de peregrinos por este lugar parece ser, entre otros, la ermita de «Santiago Mendi», o monte de Santiago. En ella subsiste y se venera aun una antigua imagen del Apóstol en traje de peregrino, por no decir nada, por muy posterior a aquella, de la imagen del actual retablo de dicha ermita, que le representa a caballo, blandiendo la espada y en actitud de estar matando moros. Por otra parte, el sello antiguo del Consejo Municipal de la Villa de Astigarraga, situada en la ladera del mencionado monte, así como su bandera, representan a Santiago galopando en un campo de batalla. Más aún: historiadores como Garibay, Isasti y otros por el estilo, nos hablan de las conchas o veneras descubiertas en dicho monte, que geólogos, historiadores y gentes piadosas interpretan cada cual a su manera.

* * *

Rastros santiaguistas de una u otra índole los hay en varios pueblos de Guipúzcoa, indicios más que probables de que por ellos transitaban romeros jacobeos. En cuanto a San Sebastián atañe, su mismo origen como entidad de población parece estar adscrito o vinculado a las peregrinaciones jacobeanas precisamente. En opinión de algunos historiadores y eruditos, la iglesia o monaste-

perigu nos

rio de San Sebastián, en el barrio que hoy llamamos el Antiguo, debió de erigirse como hostel y santuario de los peregrinos que se encaminaban por esta ruta a Santiago de Compostela. Su construcción debió de tener lugar dentro de los doscientos años que median entre el de 813, en que se descubre en un lugar de Galicia el sepulcro del Apóstol, y el de 1014, en que figura ya dicho monasterio en la escritura de donación que de él hizo el rey don Sancho el Mayor de Navarra al monasterio de Leyre.

Sabido es, por otra parte, que las murallas de San Sebastián tenían un baluarte llamado de Santiago, y que en el extremo occidental de la calle del Poyuelo, la más larga y popular de la villa en antiguos tiempos, sobre el portalón o arco llamado de Santiago, que daba paso al Cai (palabra gascona), o muelle propiamente dicho, campeaba la imagen del Apóstol. ¿Tenía algo que ver esta imagen con la procesión que anualmente se celebraba en nuestra villa el día de Santiago? ¿Y tenían algo que ver estos detalles con el paso de peregrinos por nuestra villa?

En cuanto a la procesión de referencia atañe, parece ser que su organización corría a cargo de la hermandad o cofradía de labradores, «nekazaris» o caseros de la ribera de Santiago del valle de Loyola, a orillas del Urumea. La imagen del santo era llevada en andas, a la iglesia de Santa María, acompañada de cuatro cofrades con hachas encendidas y de una gran concurrencia de devotos. En posteriores tiempos, esta procesión, con esta u otro imagen, adquirió distinto carácter. Fue el bueno de Inzagaray, el erudito sacerdote donostiarra, quien me contó detalles de la misma. La víspera de la festividad de Santiago — me dijo — los niños donostiarras de aquel entonces (Inzagaray se refería a su propia infancia) nos acostábamos con la pueril ilusión de madrugar al día siguiente para acudir a «Ikatz Kale» o calle del Carbón, (la calle de Juan

de Bilbao, por otro nombre). al portal del «Draga». Este portal era el mismo de la antigua casa de Baroja, el conocido impresor donostiarra, en cuyo piso primero guardaba y cuidaba «el Draga», una tosca imagen del apóstol Santiago, que, en andas y precedida del tamboril, era conducida procesionalmente a Santa María. ¿De dónde, cómo, cuándo, por qué y en qué circunstancias le vino al «Draga» esta imagen, y cuál fue la razón y origen de esta pia costumbre? ¿Hay que relacionarla con el Santiago del Portalón del Muelle y con la procesión de los caseros de la ribera de Santiago?

* * *

Del paso por San Sebastián de peregrinos jacobeos de allende las fronteras, que, por lo visto, tomaban esta ruta, tenemos algunas referencias. Una de ellas es la relativa al obispo armenio mártir de Azerbayán, quien, a fines del siglo XV, emprendió, a través de los muchos países que le separaban del nuestro, la peregrinación de Compostela... Abandonó su monasterio en octubre de 1489, y después de larguísimo recorrido llegó a Bayona, donde parece ser que los cristianos de dicha ciudad le trataron muy bien. «No encontrando compañero para proseguir el viaje — escribe —, y encomendándome, una vez más, a Dios y a Santiago, caminé hasta llegar, tras hartas fatigas, a tierra de Vizcaya. (Sabido es que, en los antiguos tiempos, el nombre de Vizcaya se identifica con la totalidad del país vasco español.) Me detuve — prosigue — en una ciudad a orillas del mar (probablemente, Fuenterrabía), y desde allí fui a San Sebastián, donde el dueño de la posada y su mujer me trataron con una caridad sin límites. Me tuvieron entre ellos durante cinco días, y en dos o tres ocasiones incluso postularon por mí. Me alejé, al fin, de su playa, y penetré en el interior del país...»

Este ilustre viajero, como tantos otros peregrinos de allende fronteras y de mares, pudo muy bien llegar a nuestra villa de San Sebastián por el antiguo «arrotzbide» que desde Irún-Fuenterrabía conducía, a través de Rentería, a Donosti, pasando por «Pelegrñene». ¡Cuántas veces he recorrido este antiguo camino y me he detenido frente a este humilde caserío de Alza, cuyo expresivo nombre, cuya cruz de piedra empotrada en sus muros y cuya tradición de hostel o parador de peregrinos tan vivamente hirieron mi imaginación!

* * *

Sentado en un ribazo, al borde de la antigua calzada que pasa frente a «Pelegrñene», — calzada que los viejos de estos alrededores o «ingurus» llamaban en mis tiempos aún «galtza-zarra» —, he visto desfilar, con los ojos de mi imaginación, a tantos y tantos romeros como venían de la raya de Francia o a ella retornaban cantando el tradicional «Ultreya». Habíalos de todas clases sociales y nacionalidades: pudientes y menesterosos, piadosos y descreídos, honrados y sin conciencia, sanos y enfermos, calzados y descalzos, humildes clérigos y preclaros obispos, y hasta turistas disfrazados de peregrinos, con su hábito, venera, escarcela y bordón acostumbrados, los más letrados portadores del «Reisebuch» o libro de viaje, especie de guía escrita por el alemán Pedro Rietler hacia 1400, para uso de peregrinos de cierta distinción y cultura...

Ahora, a la caída de la tarde, veo llegar por el lado del poniente (o sea, por el lado de San Sebastián), un grupo lamentable y lamentoso (los de cada pueblo, región o país de origen viajaban por grupos más o menos compactos, homogéneos y afines), que, de regreso, vuelven a sus lejanas tierras, después de largos meses de andar a

lo largo de las pedregosas y costaneras calzadas de aquellos tiempos, la escarcela exhausta, el zurrón vacío, molido el cuerpo y quién sabe si roído por el mal de San Lázaro, despeados, astrosamente vestidos de «farrapos»... Poco antes de llegar a «Pelegrñene», y como anunciándose a cierta distancia, los del grupo lamentable y lamentoso se ponen a canturrear al unísono monótona y triste melopea, en un vascuence de extraño acento que delata al punto su extranjería:

«Pelegrñac datoz Santiagotican,
atea iriquibez, icusiagatican...»
(Somos peregrinos de Santiago que regresamos,
abrid las puertas para contemplarnos...)

A la puerta gótica de «Pelegrñene» se agolpan entonces las heteróclitas gentes de su abigarrado recinto, curiosas de la ralea de los que se aproximan. Estos, ya más próximos al caserío, vuelven a entonar otra de las estrofas de su triste y doliente cancionero:

«Llegamos medio muertos de miseria y hambre,
estamos esperando a la puerta vuestra caridad...»

Y cada estrofa, ésta y otras por el estilo, cantada lamentosamente es una nueva, renovada y agravada exposición de sus miserias, fatigas y dolores destinada a ablandar el corazón de las gentes de los caminos y de las poblaciones, de los caseríos, de las ermitas, de los hostales y de los hospitales que encuentran a su paso. Son los proletarios de la gran peregrinación compostelana: los aventureros pobres y desgraciados, los truhanes y logreiros, los desarraigados, los vagos, los mendicantes por una parte; y por otra, los enfermos y tullidos de verdad, los que han hecho votos y promesas, los que expían sus culpas y pecados o buscan lenitivo a sus desengaños, o evasión a su angustia: los devotos y peregrinos de verdad. Y después de haber hallado, por una noche siquiera, co-

bijo y conducho, aunque mero y parco, en «Pelegriñene» y otros lugares por el estilo, a caminar de nuevo, no sin antes haber dados las más rendidas gracias, con la misma monótona melopea, triste y quejumbrosa, al modo de las plañideras y de los versolaris del país:

- «Chomin, jozak trompeta!»

Chomin, toca la trompeta, la alboka o el cuerno, y los del grupo canturrean al unísono, en son de despedida:

«Adiós a todos los de esta casa,
y buena suerte;
nosotros seguimos adelante
con nuestras miserias y nuestra triste suerte.»

Yo también me he levantado del ribazo al borde de la antigua calzada frente a «Pelegriñene» en que estaba sentado contemplando el espectáculo, y les he visto alejarse a los romeros y peregrinos jacobeos que emprendían la última etapa de su camino en España de regreso a su país. Les he dicho adiós, y he vuelto a San Sebastián por aquella misma antigua «galtza-zarra» pedregosa y costanera que pasa frente a aquellos viejos y antiguos caseríos conocidos de todo donostiara auténtico: por «Otxoki», por «Tuniz», por «Izola», por «Moscotegui», «Polloe», «Cullasene» y «Lachaga», hasta llegar al alto de Concorronea. Desde aquella estratégica eminencia, la villa de San Sebastián aparece de súbito e inesperadamente allá abajo, al amparo y socaire del monte Urgull, rodeada de mar y de extensas marismas, dunas y arenales por todas partes. A ambos extremos del camino que pasa frente a las murallas de la población, sendos hospitales: el uno, próximo al puente de madera de Santa Catalina, al otro lado del Urumea, el general de San Antonio Abad, contiguo a la antigua iglesia de los Templarios; el otro, al pie del cerro de San Bartolomé, y frente a la playa, el hospital de leprosos de San Martín, a cargo de los lazaristas.

El corazón del peregrino jacobeo que sabe por dónde e anda y avista la villa de San Sebastián por primera vez, se alegra y salta de gozo porque allí, en aquella fantástica villa al pie del monte, y rodeada de mar, de marismas, dunas y arenales por todas partes, es fama proclamada «urbi et orbi», y nada menos que por un prelado de la Cristiandad, que a los peregrinos de Santiago se les trata allí «con caridad sin límites»...

Febrero 1965

Alza

La más antigua tradición de Alza como entidad política. es su vinculación a San Sebastián. Alza es tan parte de San Sebastián como cualquiera de sus otros barrios, -el Antigo, S. Martín, Sta. Catalina-, aunque el más distante de todos ellos del núcleo urbano de la capital.

El cogollo de Alza, sito en una encantadora cima de espléndida orientación y de admirable panorama, de los más característicos de Guipúzcoa, ha conservado gran parte de su primitivo carácter agrícola y rural, que siempre fue el típico de su diseminada población.

Ya no existe, claro es, aquel oratorio de madera dedicado a San Marcial, obispo de Limoges, erigido en 1390, al que solían ir a decir misa, domingos y días de precepto, los beneficiados de las parroquias unidas de Santa María y San Vicente de San Sebastián, hasta que en 1620 fue dotada la mencionada iglesia de vicario propio.

Alza ha sufrido mucho con motivo de las guerras con

Francia, pero, sobre todo, en los últimos tiempos, con motivo de las guerras civiles. En 1836, en efecto, las dos terceras partes de sus haciendas y de sus caseríos fueron des-
trozadas y destruidos.

Alza tuvo a mediados del siglo XIX, después de siete largos siglos de vinculación donostiarra, que es su verdadera y más antigua tradición, sus pruritos de independencia municipal. Si sus gestiones en tal sentido fracasaron en 1847, en el 79, en cambio, lograron éxito. Alza es, cronológicamente, la última población guipuzcoana que obtuvo el ansiado título de Villa, hasta que en tiempo muy reciente volvió a reintegrarse a San Sebastián.

El núcleo primitivo y principal de su población carece de calle formal. Está constituido por una plazoleta en sitio alto y despejado, dominando bellísimos y extensos horizontes. En ella alzan sus muros la iglesia parroquial y la Casa del Concejo, con un balcón corrido de hierro forjado a la altura del piso principal, en que se lee la fecha de 1889, y un reloj de sol en uno de los ángulos de su fachada. Frente a la iglesia está la pequeña casa cural antigua; la casa Goicoechea, nombre de acuerdo con su toponimia; y al fondo de la plazoleta, en una rinconada, la casa Chapinenea.

A esta plazoleta concurren los caminos que enlazan Alza con Rentería, San Sebastián y Martutene; este último, por cierto, iniciado e interrumpido, con gran sentimiento de los alzatarras, que desearían vivamente verlo terminado de una vez. No lejos de este núcleo pasa una de las más antiguas calzadas de estos contornos, la «gal-tza-zarra», de que he hablado con motivo de los caminos de Santiago por esta región, así como del vecino caserío «Pelegriñene». No lejos del frontón, «Martillum», bien conocido de los «sagardozales» de estos contornos.

Alza ha crecido mucho estos últimos años. Y, no obs-

tante, Alza sigue siendo ella misma. ¿Cómo se explica esto? Pues la explicación está en que ese crecimiento de población se ha verificado en su periferia, por la parte de la Herrera, sin que el núcleo central y característico de su jurisdicción haya sido alterado y adulterado en su auténtica y genuina fisonomía.

Muchos creen que el nombre de Alza expresa la cima e inminencia en que se encuentra el centro de su población y sede de su iglesia; pero lo más probable es que su nombre se deriva de «altza», o terreno poblado de alisos en la época asaz lejana de su fundación, artigación y colonización por parte de sus primeros pobladores.

Alza — dice Isasti —, tiene poca jurisdicción, «pero casas solares antiguas».

En efecto, a la Artiga de Alza pertenecen las casas solares de Casares, Miravalles, Garro, Arriaga, Larrerdi, Berra (con bellísimas vistas sobre la bahía y puerto de Pasajes), Arzac, Garbera (en lo alto de una colina), Mercader, Chipres, Larrachao (en el fondo de un barranco), Tomasene, Arnaobidao y tantas otras por el estilo.

La mayor parte de estos solares han dado hombres ilustres y esforzados a la patria desde los más remotos tiempos. En testimonio de ello y de su mucha antigüedad, muchas de estas casas solares tienen — o tuvieron — sendos escudos que desde el centro de sus fachadas proclamaban — o proclaman todavía —, la nobleza del solar, en primer término, la alcurmia del linaje luego y, en fin, las nobles y arraigadas hazañas de sus hijos.

Los de Casares y los de Arriaga, por ejemplo, estuvieron, según los genealogistas, certificados por los reyes de armas y refrendados por nuestro Lizaso, nada menos que en la batalla de las Navas de Tolosa. De los Arzac tenemos noticias aún más antiguas, puesto que parece ser se hallaron en la batalla de Valpierre, cerca de Nájera, en

958. Tampoco es de silenciar a los Garro, de cuya casa solar fue el capitán Miguel de Garro, valiente soldado que llevó a cabo grandes hazañas en el Real Servicio, particularmente, según afirma Isasti, en la batalla de don Bernardino de Mendoza, capitán general de las galeras de España, contra el turco Caramarai, a la cabeza de cuya Armada, después de haber saqueado a Gibraltar, fue vencido y preso en 1540. Fue a expensas de este capitán de la casa de Garro que se hizo el sagrario de la antigua iglesia de Alza, en el que su nombre estaba escrito con letras de oro.

La Artiga de Alza es exactamente igual en todo y por todo a lo que fue, respecto al San Sebastián común a entrambas, la Artiga del Antiguo. Me atrevería a decir que ambas Artigas, separadas por la vaguada del Urumea, son una misma cosa, aunque cada una de ellas, en razón de las distancias, con su monasterio, parroquia, ermita u oratorio propios. De entrambas Artigas vinieron al interior de los muros del naciente burgo donostiarra sus mejores, más antiguas y arraigadas familias, las que constituyeron en la villa de San Sebastián el que pudiéramos llamar «patriciado donostiarra», su más auténtica, rancia y autóctona nobleza solariega. Ellas constituyeron, frente al núcleo privilegiado de los gascones y a la masa más o menos anónima de la población, la que pudiéramos llamar autóctona, el elemento básico y directivo de la reciente villa que tanto auge iba a adquirir, y adquirió en breve, al amparo de su castillo y de sus propias murallas (propias porque fueron construidas por ella misma) y al tenor de su famoso Fuero de Repoblación.

Alza es uno de los más bellos términos o distritos de la jurisdicción municipal donostiarra. Todo cuanto se haga por Alza y por los de Alza está justificadísimo. Los de Alza son hermanos nuestros, tan donostiarras como nosotros mismos, los hijos de la calle o de los barrios más

próximos a nuestra ciudad. Frente a quienes acentúan la nota diferencial entre los donostiarras por barrios y parroquias, como si unos fueron más donostiarras o mejores que otros por el hecho de haberse cristianado en una o en otra pila bautismal, yo quiero acentuar la nota de unidad donostiarra, pues el progreso y la belleza de nuestra ciudad no es ni ha sido nunca obra ni patrimonio de unos cuantos, sino de todos los donostiarras, koshkeros y no koshkeros.

Los antiguos solares alzatarras (algunos de ellos milenarios) y sus hijos ilustres, son tan gala y ornato de San Sebastián como los primeros. Alza no está «unido» a nuestra ciudad, y muchísimo menos «anexionado», como tantas veces lo hemos oído y hasta leído en letras de molde y de las otras. Alza es tan San Sebastián como San Sebastián mismo, si vale la paradoja y nos es lícito y permitido identificar las partes con el todo.

Octubre 1948